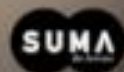


SARA TESSA

TANTAS
RAZONES
PARA DECIRTE
QUE NO

EL PECADO ES NO LEERLO



S A R A T E S S A

TANTAS
RAZONES
PARA DECIRTE
QUE NO



www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Volver a empezar](#)

[Obsesión previa](#)

[La teoría del caos](#)

[La verdad es que no le gustas tanto](#)

[Insidia](#)

[Atracción sexual](#)

[Ingenuidad](#)

[Objetivos](#)

[Compromiso](#)

[Volver a empezar de nuevo](#)

[Consecuencias](#)

[Fiesta del horror](#)

[Secretos](#)

[Agonía](#)

[Al cabo de cierto tiempo](#)

[Sobrevivir de verdad. Primera parte](#)

[Sobrevivir de verdad. Segunda parte](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

*A Thomas,
siempre y en cualquier caso.*

*Y a ti, papá, he logrado hacer algo...
Y, por suerte, no puedes leerlo a*

Volver a empezar

Próxima estación, ciudad de Nueva York», anunció la voz metálica del altavoz.

Cerré el libro y lo metí en el bolso. Las cinco cuarenta. En menos de un cuarto de hora iba a volver a ver a mi hermano después de un año y ya me atormentaba la idea de tener que enfrentarme de nuevo a su sonrisa franca y al con-sabido «Te lo dije» impreso en su frente.

Como cualquier hermano mayor, tenía la capacidad de saber en todo momento qué era lo mejor para mí y siempre había tenido razón sobre mis elecciones. Equivocadas, desde la época de la guardería. Por suerte, y pese a mi testarudez, aún estaba dispuesto a ayudarme. También en esa ocasión, la enésima.

Se había ofrecido a alojarme en el garaje de su propiedad y para el gran regreso había preparado la habitación que hacía las veces de almacén en la parte posterior de su oficina. El pacto era que debía terminar la universidad, y yo había aceptado. Tener un objetivo que alcanzar me había parecido una buena forma de volver a empezar. Una vez más.

Habíamos decidido de común acuerdo que no le diríamos nada a nuestra madre sobre el precario camastro en el que iba a dormir a partir de ahora. Si hubiese sabido dónde me alojaba, se habría disgustado. Así pues, me había limitado a decirle que volvía a Nueva York y que viviría en casa de una antigua compañera de la universidad. Ni mi hermano ni yo habíamos considerado ni por un momento que yo volviera a casa de mi antigua compañera. Habría sido una agonía para las dos y nos habríamos peleado a diario.

Leí el último mensaje de Paul en el móvil. «Que te den por culo», escrito con mayúsculas.

Sencillo y directo. Las palabras que ponían punto final a la enésima relación fallida.

Por él había dejado la universidad cuando me faltaban pocos exámenes para terminar y me había mudado a un remoto pueblo de mil habitantes de Nevada, donde la sequía y la aridez de la tierra habían horadado mi piel y mi alma. Había pasado los dos últimos años en la granja de su familia ordeñando vacas, cuidando cerdos y, sobre todo, soportando su rudeza y la de su raza. Lo había conocido en Nueva York en el curso de una cena en casa de unos amigos. Enseguida me había parecido un chico sencillo, diría incluso que puro, sin pájaros en la cabeza e introvertido en ciertos momentos. Quizá me había conquistado porque no participaba de las costumbres de la ciudad. Me enamoré de él al instante, pero, al igual que el resto de los hombres que había conocido hasta entonces, también este formaba parte de la categoría de los «hechiceros»; me refiero a los que en un principio te embrujan con la dulzura y la galantería y luego se transforman en unos carceleros obsesivos. En el último año no hubo una sola noche en que sus manos no marcaran mi piel ni en la que su aliento a alcohol no infectara el aire que yo respiraba. El problema no era él, sino yo. Yo, que no me adaptaba, que nunca hacía lo que correspondía, que no limpiaba bien, que no respondía como se debía, que lo sacaba de quicio.

Había tomado la decisión de marcharme después de la enésima bronca. No le había dicho nada, me había limitado a dejar una nota en la cama con un contenido idéntico al del mensaje que acababa de recibir. Después, con la bolsa de la lavandería y los moratones auestas, me había apresurado a coger el tren. Y ahora estaba allí, de nuevo en mi ciudad natal.

Al apearme del tren, el frenesí de la multitud, que mostraba la típica indiferencia neoyorquina, me aturdió. Tras un viaje de ocho horas me veía catapultada una vez más al ombligo del mundo. Demasiadas personas. Ya no estaba acostumbrada.

Entre la muchedumbre de la Grand Central divisé a Fred, que estaba delante de la tienda de *souvenirs*, un poco más gordo de como lo recordaba. En cuanto me vio, se acercó a mí esbozando su habitual sonrisa radiante.

—Hola, Sophie —dijo estrechándome entre sus brazos y levantándome del suelo.

Apreté los dientes para ahogar el dolor que sentía en la espalda, aún marcada por los últimos correazos de Paul.

—Hola, Fred.

—¿Has tenido un buen viaje? —preguntó cogiéndome la bolsa que llevaba al hombro.

—Sí, perfecto.

—He dejado el coche en el aparcamiento, vamos.

Lo seguí taciturna hasta su vieja camioneta Nissan y, allí, solos, en la intimidad de la cabina, expresó en voz alta lo que yo había percibido en su mirada nada más verle:

—¡Estás fatal! ¿Cuántos kilos has perdido?

Me encogí de hombros.

—Puede que dos.

—A primera vista diría que al menos ocho —murmuró arrancando la camioneta.

—Puede ser —respondí lacónica—. Por lo que veo, los mismos que has engordado tú.

Fred cabeceó tragándose el habitual «Te lo dije». Se lo agradecí. De mi hermano me gustaba su talante generoso, pero, sobre todo, que fuera un hombre de pocas palabras, aunque buenas, y su innato optimismo. Justo lo contrario de la que suscribe.

Según avanzábamos entre el tráfico caótico me puso al corriente de su vida. Vivía con Miranda desde hacía cinco meses y tenían un perro desde hacía tres, un boyero de Berna que en ese momento pesaba la maravilla de veinte kilos y que comía más que sus dos dueños juntos. También estaba a punto de expandirse en el mundo de los negocios. Había echado el ojo a un segundo garaje que estaba a una manzana del suyo y, por lo visto, mi regreso no podía ser más oportuno: debía vigilar el viejo Parking Lether cuando él se ausentara para seguir las obras del nuevo.

Mientras hablaba, yo miraba fluir el tráfico caótico sintiéndome ya angustiada. Cuando vives aislada durante varios años en un lugar donde el tiempo pasa con lentitud y donde el sentido de la vida consiste en observar la naturaleza desnuda y seca, la ciudad te humilla al instante. En especial esta ciudad, donde si no eres alguien no eres nadie. Tenía la impresión de que todos los transeúntes sabían qué hacer y adónde ir. Al contrario que yo, que me limitaba a sobrevivir sin saber nunca qué hacer ni adónde ir.

—No veo la hora de presentarte a Miranda —dijo Fred.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Ocho meses —contestó ufano— y diría que es una buena meta.

—¿Estás pensando en volver a casarte? —pregunté sarcástica.

—Quizá.

No podía evitarlo, aún creía en el matrimonio y en la familia, a pesar de todo. A pesar de los dos intentos fallidos, de las pensiones alimenticias que lo desangraban y de tener una hermana marcada de nacimiento.

—Mamá nos espera mañana para comer, le he dicho que volvías mañana por la mañana. Te lo ruego, Sophie, ánimate, porque menuda cara pondrá cuando te vea.

Solté una risa forzada. Hacía varios días que no me podía quitar a mi madre de la cabeza.

—Creo que está acostumbrada a mis regresos *dramáticos*, habrá preparado comida para un regimiento —murmuré.

—Seguro que la lasaña de la abuela, como siempre.

—Ya —resoplé. Me esperaba una indigestión.

Al cabo de cuarenta minutos entramos en el Parking Leather. El garaje seguía siendo tal como lo recordaba, opriente e impregnado de olor a aceite y a grasa. Hacía varios meses mi hermano había hecho instalar un sistema automático de acceso que le permitía disponer de más tiempo libre y reducir el número de empleados. Debido a la crisis, había preferido invertir diez mil dólares y quitarse de encima la carga del personal. Solo quedaba Gustav, un

puertorriqueño de un metro treinta de estatura e idéntica anchura, pero todo un experto en motores. Capaz de arreglar con un trozo de cinta adhesiva un motor de antes de la guerra. Fred lo llamaba «el MacGyver de los motores». Además de Gustav, dos veces por semana acudía también James, un joven del barrio un poco bobo que, sin embargo, lavaba los coches de maravilla.

Nada más entrar en la oficina de Fred los ojos de mi padre me atravesaron el corazón. En la pared destacaba la fotografía que le había sacado mi hermano delante del garaje hacía unos años, cuando aún estaba bien. Bajé la mirada, desconsolada.

—Ven, quiero enseñarte cómo he arreglado el almacén —dijo dejando la bolsa de la lavandería encima del fichero.

Lo seguí a la parte trasera de su oficina. Me sentía una nulidad, como siempre. Había visto la habitación-almacén dos veces en mi vida. La primera, cuando había sustituido a mi padre en la gestión del garaje y la segunda, cuando se había inundado, así que siempre había sido en unas condiciones pésimas. No recordaba muy bien si era amplia o no, pero sí que tenía una ventana en forma de ojo de buey. Pensaba que iba a dormir rodeada de detergentes, aceites, limpiaparabrisas, alfombrillas, esponjas y todo lo necesario para los vehículos, pero al abrir la puerta me quedé pasmada. Estaba decorada hasta el mínimo detalle y el material de taller había desaparecido por completo.

—Lo he puesto todo en el garaje —me explicó Fred invitándome a seguirlo—; compré unos estantes y ahora es más cómodo, porque Gustav y James ya no se ven obligados a pasar por la oficina.

Nadie habría podido imaginar que detrás de esa puerta se escondía un dormitorio con todas las de la ley.

—No deberías haberlo hecho —dije observando todos los detalles.

Encima del alféizar de la ventana en forma de ojo de buey había un pequeño jarrón con unos ciclámenes morados; la luz que se filtraba desde el exterior lamía las flores resaltando sus diferentes tonalidades. Los muebles, de típi-

co diseño sueco, conferirían al ambiente un aspecto de elegante modernidad.

—¿Te gusta? —preguntó Fred con las manos apoyadas en los costados. Rebosaba orgullo.

—Muchísimo —contesté.

En el estante que había encima de un pequeño escritorio encontré todos mis libros de la universidad, y no solo. Los rocé con los dedos uno a uno a la vez que recordaba tiempos mejores.

—Los saqué del sótano de mamá. Por lo demás, Miranda me ha ayudado, lo ha elegido todo ella; si lo hubiese hecho yo, te habrías encontrado un catre y, como mucho, una silla.

—Es perfecto, Fred. —Me arrojé de forma instintiva entre sus brazos—. Lo siento, soy despreciable.

—Vamos, déjalo ya; lo único que pasa es que eliges siempre caminos muy complicados, eres así.

—Ya —murmuré—, estoy mal hecha.

Se apartó lentamente de mí y me miró a los ojos.

—No digas tonterías. Si somos hermanos, tendrás algo bueno.

«Sí, debajo de los talones», pensé.

—Ven, te enseñaré el baño —dijo arrastrándome al pasillo.

Un espejo redondo nuevo, un armario pequeño, de abedul también, una cortina para la ducha con un estampado de peces verdes y amarillos, una alfombra para los pies y varias toallas de color verde.

—Lo siento, pero tendrás que compartirlo con Gustav y James —señaló—. Te aconsejo que no entres después de comer, especialmente, después de que MacGyver haya pasado por aquí.

—Lo tendré en cuenta —dije estremeciéndome solo de pensarlo.

—Vamos, coge tus cosas e instálate.

Recuperé la bolsa, que se había quedado en la oficina, y volví a mi nueva habitación; Fred se había sentado en la cama para comprobar la dureza del colchón.

—Me parece bueno; yo habría comprado uno más blando, pero Miranda pensó que era mejor uno semirrígido.

Realmente no sabía qué decir, me sentía una inútil, alguien incapaz de cuidar de sí misma. Esboqué una leve sonrisa.

—Todo irá bien —murmuré.

Fred intuyó los oscuros pensamientos que estaban pasando por mi mente y en un santiamén se plantó delante de mí.

—No es un problema, Sophie —dijo apoyando las manos en mis hombros—. ¿Me has entendido? Lo importante es que salgas de esto lo antes posible; no debes sentirte en deuda conmigo, no debes, nunca.

Asentí a duras penas gruñendo y esbozando una sonrisa esquiva. Sabía que era sincero, formaba parte de su ADN, pero la vergüenza que sentía era desgarradora.

—Vamos, te enseñaré cómo funcionan las cámaras y luego te dejaré sola para que guardes tus cosas —dijo dirigiéndose a la consola de los vídeos.

—De acuerdo.

Los vídeos de vigilancia de los que debía ocuparme durante la noche estaban colocados en la cómoda que había delante de la cama, al lado del televisor LED. Se ponían en funcionamiento a las ocho de la tarde y permanecían encendidos hasta las siete de la mañana del día siguiente; se apagaban cuando él llegaba.

A cambio de la matrícula de la universidad mi tarea consistía en vigilar el garaje por la noche y, de tanto en tanto, durante el día, cuando Fred debía ausentarse para seguir las obras del nuevo. Según me había dicho, no tendría que hacer mucho y no sería necesario que trabajase toda la noche. Era raro que alguien saliese, y aún menos que entrase, después de medianoche entre semana. En ese caso una señal acústica advertía de la entrada en el garaje y en el ordenador portátil al que estaba conectado el monitor de vigilancia aparecía de inmediato la tarjeta del cliente. Los fines de semana, sin embargo, el trajín era incesante. En todo caso, según decía él, dado que el garaje estaba completa-

mente automatizado, lo único que debía hacer era ayudar a la gente en casos especiales.

—¿De qué tipo?

—Te lo explicaré después; ahora refréscate un poco, que yo tengo que terminar un par de cosas con Gustav. Reúnete conmigo cuando acabes.

Tras quedarme, por fin, sola en mi nuevo y perfumado refugio, me tumbé en la cama. En efecto, el colchón era un poco rígido, pero pensé que, de todas formas, le iría bien a mi espalda. Releí el mensaje de Paul en el móvil y decidí responderle.

Que te den por culo a ti, hipócrita perturbado.

Activé la desviación de llamada y con ello di por cerrado el capítulo «humillación».

Cuando acabé de refrescarme y de colocar mis cuatro trapos en los cajones, me reuní con Fred en su despacho. Estaba con un cliente que, por el traje, parecía más bien acomodado.

Gruñí un «Buenas tardes» a la vez que me sentaba en la silla de la sala de espera para hojear una revista de coches.

—Tenga —le dijo Fred—, he fotocopiado la libreta y el cupón de garantía. Ya he pasado todo a mi seguro, a partir de ahora está protegido en caso de infracción o daños en el interior del Parking Lether.

—Perfecto. ¿La tarjeta sigue siendo la misma? —preguntó el hombre.

—Por supuesto, solo he puesto al día los datos en nuestra ficha interna, no cambia nada. Además, el Audi vale más o menos como su viejo Mercedes, así que la tarifa es la misma.

—Estupendo. Muy amable, Fred, como siempre. Nos vemos mañana. Buenas noches.

—Igualmente, señor Scott.

Antes de salir, el hombre me lanzó una mirada de perplejidad, casi recelosa.

—Adiós, señorita —dijo.

No soportaba a los ejecutivos ricos que vestían de marca, sobre todo cuando apenas tenían unos años más que yo y se dirigían a mí con ese aire de superioridad.

Nada más cerrarse la puerta, Fred metió todos los papeles en la carpeta de asuntos pendientes que había heredado de nuestro padre y la guardó en el cajón con la etiqueta «Pendiente». Apagó el ordenador y luego llamó a Miranda para decirle que iba camino de casa.

Tal y como me había prometido, antes de marcharse me enseñó todas las cámaras, el funcionamiento del sistema antiincendios y me explicó lo que debía hacer en caso de que un cliente se quedase bloqueado entre las barras. Para empezar, debía averiguar quién era. Cada tarjeta tenía un número de identificación. Con la tableta en la mano me explicó la forma de acceder a la tarjeta del servidor para verificar la identidad.

Planteó posibles problemas que, por lo demás, nunca se habían presentado. En primer lugar, que la tarjeta se desmagnetizase. En ese caso, había unas tarjetas provisionales para entregar al cliente hasta que se hubiese sustituido la nominal, que estaban en la caja fuerte que había detrás de la fotografía de mi padre. El segundo quebradero de cabeza concernía a la entrada. Después de las siete de la tarde, los sábados por la tarde y todo el domingo, se accedía al garaje de dos formas: por el cierre metálico, que se accionaba introduciendo la tarjeta en el correspondiente lector, y por la puerta de al lado, que también estaba conectada al sistema automático. En caso de que el cierre metálico funcionase mal, existía un sistema manual, una manivela que me costó mover. En cualquier caso, mi hermano me aseguró que no la iba a necesitar. En cambio, si se producía un apagón, la única manera de hacer funcionar las dos puertas era el generador de corriente alternativo. Una vez encendido, la corriente estaba garantizada durante una hora. Solo en caso de que el apagón superase los sesenta minutos se podía aparcar el coche en los espacios autorizados, un total de cinco, que estaban señalados por las líneas colocadas

delante del garaje. Pero esta posibilidad era, a decir poco, remota.

—Con la mala suerte que tengo seguro que pasa esta noche —dije riéndome.

Fred me rodeó el cuello con un brazo simulando que me ahogaba.

—Siempre tan optimista —masculló.

Tras volver a la oficina y cerrar la puerta con llave, bajó las persianas para que pudieran dormir los coches.

—En resumen —dijo tendiéndome las llaves—, la roja abre la puerta del garaje; la verde, la que da a la calle; la azul es la de tu habitación.

—Vale: rojo, puerta acristalada; verde, calle; azul, prisión.

—¡Exacto! —corroboró cabeceando divertido—. Espero que no te aburras. He instalado televisión por cable para que puedas ver alguna película.

—Perfecto, veo que has pensado en todo.

—Por favor, llámame por cualquier motivo, aunque solo sea porque tienes miedo.

—Nunca tengo miedo —respondí contrariada.

—Lo sé, era un decir —sonrió bonachón—. A propósito, para las comidas he hablado con Wu y con la charcutería de al lado. Te he dejado sus teléfonos en el escritorio, pide lo que quieras.

—Vale, gracias.

—Venga, hasta mañana; yo te despertaré.

Una vez sola, llamé al restaurante chino que había en la esquina y pedí un plato de espaguetis de soja con verdura, una cerveza y un rollito de primavera. Y sola me puse a ver la televisión sentada en la cama. De cuando en cuando lanzaba una ojeada a los vídeos del garaje. Era bastante inquietante ver el centenar de coches pulcros, silenciosos e inermes. Ojalá no ocurriese nada.

A eso de las nueve y media oí la señal acústica. Miré los vídeos y espí a un hombre que subía a un coche y salía con absoluta autonomía. Mientras todo esto sucedía, en el ordenador había aparecido su tarjeta de cliente.